

HOLLÍN

El Corazón Mecánico

*“[...] ¿cuántas modalidades de ciencia ficción existen? No sé si conocéis todos los subgéneros. Yo solo voy a citar algunos: ucronía [...], utopía [...], distopía [...], relatos de robots, relatos de mutantes, apocalípticos, el hard [...], el ciberpunk, la space opera, los relatos de viajes en el tiempo, el **steampunk**... Creo que me dejo un montón y podéis preguntar: « ¿Todo esto es ciencia ficción?». Sí, todo esto es ciencia ficción y ningún estudioso del género lo pone en duda.”*

Fernando Ángel Moreno, “La ficción prospectiva: propuesta para una delimitación del género de la Ciencia Ficción”, 2009. (p. 67-8)

Londres, 1876

Suelo preguntarme por qué yo.

Lo hago bastante a menudo. Tampoco es que tenga mucho más que hacer aquí. Estoy sentado (por llamarlo de algún modo) en una silla frente a una mesa de madera de pino. La madera tiene ciento setenta y tres muescas en su superficie, la mayoría de las cuales son diminutas hileras de puntos; esas parecen haber sido causadas por la infinidad de ruedas dentadas y engranajes que invaden la buhardilla donde vivo. Hay unas cuantas en la zona donde suelo apoyar el codo que sin duda lo son; lo sé a ciencia cierta, yo mismo las he hecho.

La madera también tiene manchas de tinta. Bastantes, de hecho. También son culpa mía. El señor Witchwell suele dejarme un tintero, hojas de papel y una pluma para que practique la caligrafía, pero me temo que no se me da demasiado bien. Él dice que soy muy mayor para aprender a escribir, pero que la práctica me ayudará. Dado que no tengo nada mejor que hacer aquí (aunque lo correcto sería decir que no tengo posibilidades de hacer nada más), me aplico a la tarea con todas mis fuerzas. Que tampoco son muchas. El techo de la buhardilla está inclinado y un poco por encima del lugar en el que me hallo hay una ventana de cristal. Es el único retazo del mundo exterior que se me permite ver, lo único que me recuerda que antes de este desván, de esta silla y de esta mesa, hubo algo más.

El señor Witchwell suele llamarme “el mejor de sus fracasos” y lo cierto es que no acabo de comprender qué tiene de bueno ser un fracaso; pero él está emocionado conmigo. Me mantiene con vida, me alimenta como a un niño. Me enseñó a leer y a escribir y ahora me proporciona materiales para que pueda escribir esta última confesión.

A veces me quedo ensimismado mirando por la ventana. Allá afuera se ven un millón de estrellas. A mi hermano le gustaba mucho mirarlas. Me inventé cientos de historias sobre ellas para hacerle sonreír.

Las estrellas también me hacen pensar en ella, por la luz. Tenía unos ojos muy luminosos, para tenerlos castaños. Unos ojos muy bonitos, preciosos, y una sonrisa encantadora...

Si esto es una confesión o una carta de despedida tal vez debería empezar por el principio. Me llamo... bueno, eso qué más da. Mis padres me pusieron un nombre hace mucho tiempo, pero todos me llamaban Hollín, por el pelo. Ni siquiera estoy seguro de que Jim supiera mi verdadero nombre, así que... ¿realmente era mi nombre?

Antes yo no era así. No pensaba tanto, quiero decir. No tenía tiempo para hacerlo y tampoco quería pensar demasiado. No era como si tuviera importancia lo que yo pensase o hiciese, así que, ¿qué más daba? Solo era un chico londinense con mucha habilidad para entrar y salir de los problemas...

– ¡Hollín!

El muchacho de pelo negro levantó la cabeza del motor hidrosolar que tenía entre manos. Era un

aparato complejo, una inteligente evolución de la anticuada y sucia máquina de vapor. Las pequeñas telas solares, flexibles y relucientes, captaban la luz del sol y la amplificaban, hasta calentar el agua y generar las súbitas explosiones de vapor que movían los pistones a través de los cuales se transmitía el movimiento a los engranajes. Tenía todo el aspecto de haber sido arrancado de una maquinaria más compleja, como casi todo lo que pasaba por las manos sucias y callosas de Hollín.

– ¿Qué quieres, Jimbo?

Su hermano pequeño le tiró el gorro, previamente hecho una prieta bola, antes de responder.

– Que no me llames así, idiota. Ni Jim, ni Jimmy. James. ¿Ya se te ha olvidado?

– El día que tú no me llames Hollín, ¿te parece? – resopló el mayor de los hermanos, sacudiendo la cabeza mientras trataba de contener la risa – ¿Qué demonios quieres? Tengo trabajo.

– ¿A quién le has robado eso? – preguntó Jim, recogiendo el gorro del suelo y volviendo a calzárselo sobre los mechones castaños – Cheshie dice que en el puerto han estado quejándose de que alguien ha desmantelado tres botes solares. Dice que ha sido la banda de Smithy. ¿Has vuelto a trabajar con ellos?

Hollín sacudió la cabeza, mirándose las manos manchadas de grasa. Tenía suciedad bajo las uñas cortas, las líneas de la mano negras de aceite de motor y grasa. Seguramente tendría tiznados también la cara y el cuello, por lo mucho que le picaban. Sus padres le habían apodado Hollín por el pelo, pero cuanto más tiempo pasaba desmontando los aparatos que otros robaban, más negro se volvía.

– Para ellos, Jim, no con ellos – respondió al fin, apartando la mirada y tanteando en busca de una llave fija entre el desordenado montón de herramientas que le rodeaba como una especie de nido –. Tenemos que comer algo, ¿no? El viejo Palmer nos echará de la habitación si no pagamos lo del mes.

– No acabo de ver la diferencia – murmuró su hermano, sentándose en el suelo a su lado. A veces a Hollín se le olvidaba lo joven que era –. Si hay problemas te salpicarán lo mismo que si trabajases con ellos.

– Pero al menos no daré palizas a nadie ni iré soltando mentiras por ahí. Solo desmonto motores y les aconsejo sobre el precio de venta de las piezas. Y me llevo mi comisión. Soy un... asesor, sí, es un trabajo honrado y no violento. Sobre todo no violento – acabó, bajando el tono en la última frase –. Me parece que es algo a tener en cuenta.

Jim asintió sin decir nada y Hollín suspiró mientras tiraba la llave fija al suelo. No tenía ganas de seguir con aquello, su hermano pequeño y su idealismo lo hacían sentir... mal. Pero, ¿qué otra cosa iban a hacer? A su padre lo aplastó una de las máquinas de la fábrica cuando Hollín tenía catorce años. Su madre había muerto de tisis un año antes.

Hollín ya no se preguntaba si lo que hacía estaba bien o mal; simplemente lo hacía y trataba de sacar adelante a su hermano con él, porque era su responsabilidad, porque era el mayor de los dos. No quería pensar más en ello, porque sospechaba cuáles serían sus conclusiones y entonces Jim y él morirían de hambre en la calle.

Hizo girar delicadamente uno de los engranajes dentados, observando con deleite el movimiento en cadena que producía aquel acto. Le encantaba el suave chasquido de las piezas al encajarse y desencajarse, constante y tranquilizador. Clic clic clic clic.

Jim aún tenía trece años, una edad a la que muchos ya habían hecho muchas cosas reprobables. Pero Jim no. Jim era un buen muchacho y además lo parecía. Tenía el pelo castaño claro de la madre de ambos y los mismos ojos azules cristalinos que ella. También había heredado su boca de labios gruesos y la frente amplia y despejada. Aquello, combinado con su suave mandíbula, lo hacía parecer muy inocente y muy

niño. Hollín, que era idéntico a su padre (bajo, moreno de piel y pelo, de rasgos duros y ojos oscuros), sentía un intenso y profundo afán por protegerlo.

– ¿Qué ibas a decirme, Jim? – preguntó en voz baja, recordando que su hermano había entrado en el taller hablando a gritos y con una sonrisa de anticipación.

– Oh, nada importante – respondió el muchacho, recogiendo una cadena de motor del suelo y haciéndola girar entre los dedos.

– Te estás poniendo perdido de grasa – comentó Hollín con tono cansado –. Venga, dime.

– He conseguido un trabajo – anunció Jim, conteniendo a duras penas el orgullo que sentía –. Un trabajo de verdad, un trabajo honrado.

– Un trabajo honrado – repitió Hollín con tono casi irónico –. ¿Y en qué consiste ese trabajo honrado?

– Un caballero quiere que lo ayude con ciertas cosas en su casa – respondió Jim, encogiéndose de hombros –. Cosas mecánicas, como las que tú haces. Le dije que sabía, le expliqué las cosas que me has enseñado. Le ha parecido bien.

Hollín frunció el ceño, preocupado. Sus gruesas cejas formaron una línea casi negra sobre su rostro, oscureciendo aún más sus ya oscuros ojos.

– ¿Un caballero? ¿Qué clase de caballero? – preguntó, desconfiado.

– Pues... la verdad es que no lo sé – respondió Jim con aire distraído, imbuido de la despreocupación que era habitual en él –. Ya sabes, con buen aspecto, ropa cara, elegante, educado...

– ¿Cheshie lo conoce? – insistió Hollín, mientras Jim ponía los ojos en blanco.

– ¡No le he preguntado a Cheshie! ¡Ya soy mayor para saber lo que hago, Hollín! Deja de hacer estas tonterías, ¡no eres mi padre! – estalló el muchacho, tirando al suelo con violencia la cadena de motor, que repiqueteó en el suelo estruendosamente – Trabajaré donde yo quiera ¡y así no tendré que ser un asqueroso ladrón como tú!

– ¡¿Pero cómo te atreves...?! – empezó Hollín, pero Jim salió del taller hecho una furia – Condenado crío – murmuró el chico mayor, dejándose caer de nuevo sobre el taburete, sintiéndose mucho más viejo de lo que era.

Un caballero, pensó. Curiosamente, su hermano pequeño no le había dicho el nombre de aquel caballero. Tal vez ni siquiera se le había ocurrido preguntárselo, aquello sería muy propio de Jim. Seguramente no sabría nada del hombre que quería ponerlo a trabajar en su casa... y últimamente Hollín había oído historias muy extrañas sobre jóvenes de la edad de su hermano desapareciendo en grandes mansiones.

– Seguramente no sea nada – musitó para sí mismo, haciendo girar una vez más una de las ruedas dentadas del motor. El sonido lo tranquilizaba. Clic clic clic. Clic –. Pero no pierdo nada por preguntarle a Cheshie.



Cinco horas más tarde Hollín estaba sentado en la barra de un garito oscuro y deprimente en el que sonaba demasiado alta la música de un acordeón desafinado. El pub se llamaba simplemente *The Cat* y no era gran cosa, pero era el mejor lugar para encontrar a la chica que todos conocían como Cheshire, Cheshie.

Miró a su alrededor una vez más, pero la muchacha aún no había llegado. Bajita, curvilínea y guapa a la

manera de las calles, Cheshie no era la chica más convencional del mundo, ni tampoco la prostituta más atractiva que Hollín había conocido en los callejones de Londres. Sin embargo, tenía “algo” y una cierta habilidad para encontrar información, para saberlo todo de todos. Era lista, de eso no cabía duda. En un mundo donde las mujeres sabían cuál era su sitio, Cheshie no parecía tener ni idea de cuál era el suyo.

Y además, tenía aquella sonrisa. Una sonrisa amplia de dientes sorprendentemente blancos y labios cuidadosamente maquillados que prodigaba sin ningún pudor o remilgo. Cheshie siempre era amable con todos, lo merecieran o no. Tal vez aquello fuera parte de su encanto.

– Vienes temprano – comentó una voz dulce a la izquierda de Hollín, y el chico dejó a la Cheshie de sus recuerdos para sustituirla por la mujer real.

Vestida de terciopelo púrpura barato, luciendo un amplio escote bajo el corpiño oscuro y con el cabello negro como el carbón recogido en un moño alto, Cheshie estaba preciosa aquella noche. Como todas las noches, pensó Hollín para sí. Por un momento se planteó si todo el tema de preguntarle por el nuevo trabajo de su hermano no sería simplemente una excusa para verla un rato aquella noche... antes de que se fuera a trabajar.

– Tú también vienes temprano – replicó, devolviendo la vista a la barra. Pensar en la profesión de Cheshie siempre le provocaba una extraña tristeza, mezclada con una cierta ira. Aunque ella pareciera llevarlo de un modo tan natural –. ¿A qué se debe?

La muchacha encogió sus esbeltos hombros, obsequiándolo una vez más con su hermosa sonrisa de dientes muy blancos y paletas un poco separadas.

– Hace una noche muy bonita. Y además, tenía esperanza de verte.

Hollín sintió como se ruborizaba. Apretando suavemente los dientes, agradeció su piel morena y la semipenumbra del local por ayudar a disimularlo.

– No digas tonterías, Cheshie – murmuró, sacudiendo la cabeza, tratando de sacudirse también las absurdas ilusiones –. Quería preguntarte una cosa.

– Siempre vienes por el interés – suspiró la muchacha, cruzando las piernas con lenta deliberación y un exagerado mohín de desilusión –. ¿Cuándo vendrás por pasar un rato conmigo?

– Siempre quiero pasar un rato contigo, Cheshie – respondió con la garganta seca. Debería estar acostumbrado ya a aquel juego, pues la muchacha lo trataba siempre así. “Es una prostituta” se recordó, apretando los dientes de nuevo –. Pero esto es importante. Vamos a acabar con ello antes de que te vayas a “trabajar”, ¿de acuerdo?

– De acuerdo... – contesto la chica, con una sombra de tristeza cruzando su semblante.

Hollín, sin embargo, había vuelto a clavar la vista en la barra y no vio la decepción en el rostro de la muchacha.

– Un “caballero” ha contratado a mi hermano Jim para que trabaje en su casa. ¿Sabes algo al respecto? – preguntó, tratando de mantener un tono amigable.

– Sé que Jim ya es mayor para tomar sus propias decisiones – replicó Cheshie, con la mirada perdida en las botellas de la barra –. A su edad yo ya trabajaba.

– Cheshie... – murmuró Hollín con cautela, percatándose de golpe de la inmensa melancolía que invadía a la muchacha al hablar de su trabajo.

– Tengo que irme. El señor Angelfield me espera – interrumpió la chica, levantándose de golpe –. Si oigo algo te enviaré a alguien con lo que sea. Buenas noches, Hollín.

El chico abrió la boca para decir algo, pero la amplia falda de Cheshie ya revoloteaba junto a la puerta del bar y el sonido de sus tacones se perdía en las calles.



Para sorpresa de Hollín, los días pasaron sin incidencias de ningún tipo. Tres semanas después de que Jim comenzase a trabajar para aquel misterioso caballero, su hermano pequeño seguía sin desaparecer ni tener problemas. Incluso a Hollín le iban bien las cosas; había cobrado su comisión íntegra por los botes solares y unos operarios le habían pagado porque arreglase en su lugar un par de omnibuses estropeados, lo que podía considerar un trabajo más o menos legal. Las cosas les iban bien, sí, aunque no hubiera visto a Cheshie en semanas.

Suspiró. Eran las tantas de la madrugada, no era el momento de pararse a pensar en ella. En realidad, ningún momento era bueno para pensar en ella, o para pensar a secas. “Es una prostituta” se repitió a sí mismo, aunque en realidad no sirviese de nada.

Dio otra vuelta en la cama, apretó los dientes. Jim estaba acostado a pocos pasos de él, en el catre de al lado, tapado con un par de mantas más gruesas que las suyas que le había comprado el invierno anterior con la paga de casi un mes. Si le oía revolverse tanto acabaría haciendo preguntas. Si le oía salir...

– ¿Pero en qué estás pensando? – masculló para sí mismo, dando otra vuelta en la cama –. No puedes ser tan estúpido...

Apretando los dientes, se incorporó muy despacio. Tanteó buscando su camisa y se puso los pantalones en absoluto silencio. Cogió las botas en una mano, se colgó la chaqueta al hombro y salió de la habitación mascullando para sí. Cerró la puerta con mucho cuidado.

– Palmer, no deje salir a mi hermano, ¿de acuerdo? – ordenó al pasar por la taberna del diminuto hostel en el que vivían. El anciano mesonero, con la cabeza hundida en los antebrazos, hizo un movimiento ambiguo con la mano, así que Hollín repitió sus últimas palabras en voz más alta – ¿De acuerdo?

– Sí, sí – replicó el viejo, volviendo a enterar el rostro en los brazos –. Tu hermano, Jim, sí...

Hollín salió del hostel meneando la cabeza con desdén. A aquellas horas de la mañana Cheshie estaría en *The Cat*, pues nunca había sido de las que se quedan a pasar la noche con un cliente. “Solo una conversación rápida” pensó, mientras aceleraba al paso bajo una tenue llovizna.

– Me condenaré al infierno por necio... – susurró para sí, girando a toda prisa una esquina.

Entonces chocó con un hombre. Fue un golpe brutal, pues ambos iban muy deprisa, y Hollín casi salió disparado hacia atrás debido al impacto. Aterrizó de espaldas en el suelo, sin aliento.

– Maldito... – masculló, intentando levantarse para devolver el empujón al hombre. Entonces notó un dolor muy intenso en el abdomen, como un súbito agujonazo, y se le escapó un gemido ahogado. Tocó su vientre y sintió húmedas las manos – ¿Qué...?

El hombre, flaco y con ojos de pupilas muy dilatadas incluso en la oscuridad de la calle, se quedó mirándolo tembloroso. Hollín perdió todas las esperanzas de recibir ayuda; sabía reconocer un adicto al láudano cuando lo veía.

– Lo siento – escupió el hombre, arrojando una navaja a sus pies como si aquello fuera a servir de algo –. Ibas muy rápido, chico. No ha sido culpa mía, no es mi culpa, lo siento...

Se inclinó sobre él y le registró los bolsillos, con la rápida precisión de los adictos en busca de dinero. Pareció decepcionado con las pocas monedas que encontró. Hollín lo vio alejarse a la carrera. Notaba el

sabor a sangre en la boca, el frío de la llovizna sobre la piel, el olor a humedad y podredumbre del sombrío callejón donde yacía casi inmóvil.

Cada vez le costaba más mantener los ojos abiertos. Respirar era una proeza.

– ¿Hollín? ¿Hollín?

La voz ansiosa de su hermano pequeño lo devolvió a la realidad por unos breves instantes.

– ¿Jim? ¿Qué estás...?

– Tranquilo, Hollín. Te llevaré con mi maestro, él sabrá... él sabrá qué hacer...

Hollín oía las lágrimas en la voz de su hermano, podía ver uno de sus ojos azules muy abierto a la exigua luz de uno de los candiles de éter que iluminaban tenuemente la calle. Cuando intentó hablar, la sangre gorgoteó en su garganta.

– No... no... tienes que... cuidarte, Jim...



– No. Ahora tienes que bombear tú. Ha perdido mucha sangre.

– ¿Así?

– No exactamente. Antes vamos a ver qué podemos salvar. Demos las piernas por perdidas.

– ¿Por qué?

– No tenemos material. No hemos practicado con esto.

– Es mi hermano...

– Las piernas no, James. Lo siento.

Las voces rodeaban a Hollín, se colaban en la neblina de su dolor y aturdimiento. Apretó los dientes al sentir una presión intensa sobre su vientre. Trató de abrir los ojos, pero fue incapaz. No podía moverse. No sabía si ya había muerto.

– ¿Qué va a hacer sin piernas? – oyó preguntar a Jim, con la voz muy temblorosa.

– Si todo va bien, tal vez podamos hacerle unas más adelante. Ahora hay que impedir que muera – respondió otra voz, grave y serena.

– No puede vivir sin estómago. ¡No puede vivir sin tripas, joder!

– Corta. Obedece, muchacho. Le haremos unas nuevas.

Hollín oyó a su hermano sorber por la nariz y la presión sobre su vientre se intensificó. “¿Mis piernas? ¿Me van a cortar las piernas?” De pronto, toda su percepción sobre esa zona desapareció por completo. No sentía presión. No sentía nada. Solo sentía un inmenso pánico que amenazaba con ahogarle.

– ¿Y ahora?

– Conectaré las fuentes de oxígeno alternativas. Cuando acabemos sus tejidos serán mayoritariamente artificiales, no necesitará intestinos para alimentarlos. Cuando hayamos lacado el corazón sustuiremos la sangre por icor. Eso mantendrá los tejidos vivos oxigenados, le bastará al cerebro. Por ahora.

Hollín apenas entendía una palabra de lo que estaba oyendo, pero sí podía entender el significado general: se moría. Estaba muriéndose y su hermano y aquel caballero que lo había contratado estaban jugando con su cuerpo, cambiando sus viejas partes (toscas, rudas, no muy bonitas, sí, pero suyas) por

otras nuevas y... artificiales.

Estaban hablando de lacar su corazón.

– Escúchame bien, James. Ahora es cuando tienes que estar muy atento. Voy a abrir la caja torácica, necesito que mantengas la compostura.

Hollín solo oyó un espantoso crujido a la vez que sentía una fuerte presión sobre el pecho. La sensación fue espantosa, como si alguien se hubiera dedicado a pasar un rodillo por su tórax y extraer hasta la última pizca de aire de sus pulmones.

– Hay que mantener oxigenado el cerebro. Digan lo que digan en la iglesia sobre el corazón, el cerebro es lo más importante. ¿Recuerdas todo lo que hemos aprendido hasta ahora, James? ¿Recuerdas a la niña tísica?

– Sí – oyó musitar a su hermano, con la voz muy temblorosa.

– No queremos que nos pase lo mismo. Primero sustituiremos la sangre por icor, luego lacaremos el corazón para evitar que se pudra. No podemos sustituirlo, en los ensayos previos no funcionó. Y el orden inverso le costó la vida a la niña tísica.

– Sí – repitió Jim, y Hollín empezó a preguntarse qué clase de monstruosidades había estado haciendo su hermano pequeño. ¿Ensayos previos? ¿Sustituir corazones? ¿Qué niña tísica? Contuvo a duras penas las ganas de gritar, aunque tenía la sospecha de que tampoco habría podido hacerlo aunque hubiera querido.

– Conecta los catéteres a las arterias del cuello. Cuando yo te diga comienza a bombear. Extraeré el corazón cuando haya expulsado toda la sangre.

Hollín renunció a entender nada de lo que estaba ocurriendo. ¿Sabían ellos que estaba vivo, que estaba consciente? ¿Sabían que sentía lo que hacían, aunque no sintiera dolor? ¿Les importaba?

– ¿Está hecho, maestro?

– Sí, hijo. Ahora solo es cuestión de sustituir los pulmones por los fuelles automáticos. El resto no corre tanta prisa sustituirlo, su vida ya no peligra.

– Gracias, maestro.

– Cambiaremos su piel por tela solar; eso nos garantizará la energía que permitirá que los nuevos pulmones y el corazón sigan funcionando incluso sin la necesidad de ingerir alimento. En cuanto a los brazos, tenemos material para uno, el derecho. El izquierdo tendrá que esperar, gastamos demasiado en aquella cría...

Hollín se sumió de nuevo en la total inconsciencia.



Cuando abrió los ojos, estaba sentado a una silla frente a una mesa, aunque quizá sería más adecuado decir que estaba “sujeto”. Ya no tenía piernas; su cuerpo terminaba poco por debajo de las costillas. Su brazo izquierdo ya no estaba y el derecho consistía en una complicada red de engranajes, correas y pistones que culminaban en una extraña mano artificial.

Por algún motivo, sus huesos seguían allí. Hollín jamás se había visto los huesos antes. Pensó que la de los propios huesos no era una visión destinada a las personas, ni una visión remotamente agradable. Sus huesos estaban interconectados por hilos de bronce, con complicados engranajes y poleas entre unos y

otros. Había una rueda dentada particularmente grande que permitía la articulación del codo; aquella con la que más tarde haría decenas de marcas sobre la mesa al escribir.

– ¿Dónde estoy? – preguntó al aire. Notó que su voz tenía una extraña reverberación metálica. Trató de moverse, pero estaba atado a la silla por gruesas correas de cuero. ¿De qué otro modo iban a mantenerlo sentado si no? – ¿Hola?

– Buenos días – saludó una voz grave y bien modulada –. Me alegro de que hayas despertado, Sean.

– ¿Quién le ha dicho mi nombre? – preguntó el chico.

– Tu hermano James. Es un muchacho excepcional – respondió educadamente el caballero que se mantenía en las sombras –. ¿Cómo te sientes, Sean?

– No tengo piernas – respondió el joven con acritud –. No tengo brazo. No quiero pensar la pinta que tengo. ¿Me está preguntando eso en serio?

– Estás vivo – observó el hombre –. De no ser por mí, no lo estarías.

– Aún no estoy seguro de que no vaya a arrepentirme – escupió Hollín, tratando de moverse sin conseguirlo – ¿Quién es usted?

– Me llamo Nathaniel Witchwell y soy... médico. Tú, querido mío, eres el último y mejor de mis fracasos.

– ¿Fracasos? – preguntó Hollín sin entender.

– Sí, fracasos. Mi objetivo no es solo arrancar la vida de las manos de la muerte, si no también... qué decir. Preservarla, pero no solo mantenerla. Tú estás vivo, ¿verdad? En cambio, no encuentro que estés especialmente cómodo con tu nuevo cuerpo, Sean.

– Me llamo Hollín – aclaró el muchacho, sacudiendo la cabeza –. Y no, claro que no lo estoy. Tengo un solo brazo. No tengo piernas. Estoy atado a una silla.

El señor Witchwell suspiró en la oscuridad, aún invisible a los ojos de Hollín.

– Por desgracia para ambos, toda la habilidad que me sobra como... médico me falta como mecánico. Confiaba en que tu hermano pudiera ayudarme, pero ha resultado no ser tan brillante como nuestra primera conversación dio a entender – acabó el hombre con tono de desagrado.

Hollín contuvo un suspiro; pues claro que no. James era muy bueno con las palabras y repitiendo todo aquello que Hollín hubiera dicho en alguna ocasión, pero no era especialmente habilidoso con los motores.

– Sin embargo, puede que pronto dé con un socio con más competencia en el tema de la mecánica. Tal vez entonces podamos hacerte un nuevo par de piernas y un brazo nuevo, ¿qué te parece? – preguntó el señor Witchwell, con el tono alegre con el que ofrecería a un cliente un negocio provechoso.

Hollín no contestó, se quedó mirando los huesos blancos de su mano. Parecían extrañamente irreales, extrañamente fuera de lugar en medio de aquel montón de metal. Algo suyo en un cuerpo que ya no era suyo. Extraño. Un extraño en su propio cuerpo.

– ¿Ha guardado todos mis otros huesos? – preguntó con voz trémula.

– Por supuesto.

El muchacho asintió como si realmente entendiese la importancia de aquel hecho.

Han pasado semanas.

El señor Witchwell ya no viene a verme tan a menudo como antes; Jim nunca vino a visitarme. No sé qué le habrá pasado, no sé qué le habrá hecho. Un hombre capaz de experimentar con una niña moribunda no puede ser una buena persona, no puedo dejar de pensar en eso. No puedo dejar de pensar.

No puedo moverme de mi silla. Escribir no me provoca ningún asomo de distracción ya. Hay doscientas cincuenta y tres muescas en la mesa, e infinidad de manchas de tinta. No necesito comer, el icor que sustituye a mi sangre es un fluido mucho más eficiente que el original humano. Mi corazón endurecido no late, ahora hay dentro un mecanismo que gira como una noria. Mis nuevos fuelles envían el aire al icor. Mi cerebro sigue siendo humano, y creo que mis ojos también. El resto...

¿Aún soy una persona?

No necesito dormir. No necesito comer. No puedo moverme. No puedo soñar. No tengo futuro. No me queda nadie. Soy un engendro. ¿Qué diría Cheshie si me viera ahora?

Los huesos de la mano que me queda son puntiagudos, afilados como pequeñas dagas. No demasiado, pero sí lo suficiente como para agujerear los catéteres que sustituyen a mis venas. Si interrumpo el flujo de icor a la altura del cuello mi cerebro se asfixiará. Dejaré de vivir.

No necesito dormir. No necesito comer. No puedo moverme. No puedo soñar. No tengo futuro. No me queda nadie. Soy un engendro. Y soy inmortal.

Pero no quiero estar vivo. No quiero vivir sin ser una persona. El señor Witchwell dice que algún día habrá muchos como yo, que va a traer a gente de vuelta de la muerte. Que perfeccionará nuestros cuerpos. Que seremos mejores que humanos. No sé por qué quiere nada de esto, pero yo no lo quiero.

Los huesos de mi mano brillan cubiertos de icor, pero yo no siento nada. Este cuerpo no siente nada. Creo que debería cerrar los ojos, pero me parece que levantaré la cabeza para morir mirando las estrellas.

Jim, si lees esta carta, que sepas que has sido el peor de los cabrones. No sé cómo pudiste mentirme tanto, ocultarme tantas cosas. No sé cómo pudiste hacer todo aquello, dejar que jugasen con las vidas de las personas. No sé por qué no me dejaste morir, no sé por qué permitiste que me cortasen las piernas y el brazo y me convirtieran en esto.

Pero como seguramente estés muerto, te perdono. Y si no lo estás, te perdono también. Somos hermanos. Y de cualquier modo voy a morir.

Cheshie, si lees esta carta, perdóname por ser tan cobarde. Me gustabas mucho. Me gustas mucho. Pero no quería molestarte. Lo siento. Ahora no te gustaría gran cosa, me parece a mí.

Y al resto de mundo, bueno... no nos dejéis sufrir.

No sé qué escribir para acabar. Ya noto que me muevo peor. Me pesan los párpados. Querría escribir algo memorable, pero no soy escritor. Solo era un chico londinense con mucha habilidad para entrar y salir de los problemas...

Relato de **María Gumiel**

Primer premio de la VIII edición del concurso de relato corto F.T.C.